



Lo que Eres, Lo que Crees, Lo que Haces (Serie en Mateo #54)

[Audio del Sermón](#)

Mateo 23.1–12 (RVR60)

Jesús acusa a escribas y fariseos

(Mr. 12.38–40; Lc. 11.37–54; 20.45–47)

¹Entonces habló Jesús a la gente y a sus discípulos, diciendo: ²En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos. ³Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen. ⁴Porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas. ⁵Antes, hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres. Pues ensanchan sus filacterias, y extienden los flecos de sus mantos; ⁶y aman los primeros asientos en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas, ⁷y las saluciones en las plazas, y que los hombres los llamen: Rabí, Rabí. ⁸Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. ⁹Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. ¹⁰Ni seáis llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo. ¹¹El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo. ¹²Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.

23:1–4 En los primeros versículos de este capítulo, el Salvador advierte a las multitudes y a sus discípulos contra los escribas y los fariseos. Estos guías estaban sentados en la cátedra de Moisés, o sea, enseñaban la ley de Moisés. Por lo general, su enseñanza era fiable, pero no su práctica. Su credo era mejor que su conducta. Era un caso de una elevada profesión y un andar bajo. De modo que Jesús dijo: **Todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen.**

Ellos imponían pesadas demandas (probablemente interpretaciones extremadas de la letra de la ley) sobre el pueblo, pero no ayudaban a nadie a levantar aquellas cargas intolerables.

23:5 Cumplían las observancias religiosas para ser vistos por los demás, no por una sinceridad interior. El empleo que hacían de las filacterias era un ejemplo de ello. Al mandar a Israel que ataran Sus palabras como señal sobre sus manos y como frontales delante de sus ojos (Éx. 13:9, 16; Dt. 6:8; 11:18), Dios significaba con ello que la ley debería estar constantemente delante de ellos, conduciendo sus actividades. Ellos redujeron este mandamiento espiritual a un sentido literal, físico. Encerraban secciones de la Escritura en cápsulas de cuero y las ataban a sus frentes o brazos. No se preocupaban por obedecer la ley mientras que pareciesen superespirituales llevando unas filacterias ridículamente grandes. La

Iglesia Bíblica Bautista de Aguadilla, PR

www.iglesiabiblicabautista.org

(787) 890-0118

(787) 485-6586

ley mandaba también a los judíos llevar flecos con cordones azules en las esquinas de sus mantos (Nm. 15:37-41; Dt. 22:12). Estos distintivos bordes tenían como objeto recordarles que eran un pueblo peculiar, y que debían andar separados de las naciones. Los fariseos pasaron por alto la lección espiritual y se contentaban con hacer flecos más grandes.

23:6-8 Exhibían su propia importancia buscando los puestos de honor en **los banquetes** y en **las sinagogas**. Alimentaban su ego con **saludos en las plazas** y disfrutaban especialmente siendo llamados **Rabí** (lo que significa «mi grande» o «maestro»).

23:9-10 Aquí el Señor advirtió a Sus discípulos en contra de emplear títulos distintivos, que deberían ser reservados para la Deidad. No hemos de ser llamados rabí como título distintivo, porque hay un **Maestro, el Cristo**. A nadie deberíamos llamar **padre... porque uno solo es nuestro Padre**, Dios.

Weston escribe con perspicacia:

Es una declaración de las relaciones esenciales del hombre con Dios. Tres cosas constituyen a uno en cristiano: lo que es, lo que cree, lo que hace; doctrina, experiencia, práctica. El hombre necesita tres cosas para su ser espiritual: vida, instrucción y guía: precisamente lo que declara nuestro Señor en las diez palabras del Evangelio —«Yo soy el camino, y la verdad, y la vida» ... No reconozcáis a nadie como Padre, porque nadie puede ni impartir ni sustentar la vida espiritual; no constituyáis a nadie como maestro infalible; no permitáis que nadie detente el oficio de director espiritual; vuestra relación con Dios y con Cristo es tan estrecha como con cualquier otra persona.

El sentido evidente de las palabras del Salvador es que en el reino de los cielos todos los creyentes forman una hermandad sin lugar para títulos distintivos que pongan a uno sobre el otro. Pero pensemos en los pomposos títulos que se encuentran actualmente en la cristiandad: Reverendo, Reverendísimo, Padre y multitud de otros similares. Incluso el aparentemente inocuo «Doctor» significa maestro en latín. (Esta advertencia se aplica claramente a las relaciones espirituales, en contraste a las naturales, profesionales o académicas. Por ejemplo, no prohíbe a un niño que llame «padre» a quien lo es, ni a un paciente que se dirija a su médico como «doctor».) Por lo que a las relaciones terrenales respecta, la norma es «Al que respeto, respeto; al que honor, honor» (Ro. 13:7).

23:11-12 Una vez más se ve el carácter revolucionario del reino de los cielos en el hecho de que la verdadera grandeza es lo precisamente opuesto a lo que la gente supone. Jesús dijo: El mayor de vosotros, será vuestro servidor. Mas cualquiera que se ensalce a sí mismo, será humillado; y cualquiera que se humille a sí mismo, será ensalzado. La verdadera grandeza se humilla para servir. Los fariseos que se exaltan a sí mismos serán abatidos. Los verdaderos discípulos que se humillan serán exaltados a su debido tiempo.¹

(i) *Introducción* (vv. 1-3)

¹Entonces habló Jesús a la gente y a sus discípulos, diciendo: ²En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos. ³Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen.

El Señor aquí expuso con franqueza y severidad su dictamen sobre los líderes religiosos que escritural y teológicamente guiaban a la nación. Reconoce que ocupaban “la cátedra de Moisés”

¹ MacDonald, William. *Comentario Bíblico de William MacDonald: Antiguo Testamento y Nuevo Testamento*. Viladecavalls (Barcelona), España: Editorial CLIE, 2004. Print.

Iglesia Bíblica Bautista de Aguadilla, PR

www.iglesiabiblicabautista.org

(787) 890-0118

(787) 485-6586

(v. 2). Aunque con muchas fallas, los escribas y los fariseos eran continuadores de las enseñanzas de Moisés, y en cierto sentido requerían el respeto del pueblo. Sin embargo, si bien había de acatarse su dignidad, no por eso debía imitarse su mala conducta; y aunque sus enseñanzas debían ser atendidas y practicadas, no debían serlo cuando estuviesen en contradicción con las Escrituras. En todo este capítulo no sólo se ataca la mala conducta, sino también las falsas doctrinas.

Jesús denuncia a esos líderes pues aunque su enseñanza se basaba en las Escrituras, su conducta no era consecuente con lo que enseñaban. Se los podía comparar a señales de tránsito, que indican el camino pero no lo siguen. La gente debía cuidarse de no vivir como vivían los fariseos, pero debían prestar oídos a sus enseñanzas.

(ii) *Los pecados de los escribas y fariseos* (vv. 4–12).

⁴Porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas. ⁵Antes, hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres. Pues ensanchan sus filacterias, y extienden los flecos de sus mantos; ⁶y aman los primeros asientos en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas, ⁷y las saluciones en las plazas, y que los hombres los llamen: Rabí, Rabí. ⁸Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. ⁹Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. ¹⁰Ni seáis llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo. ¹¹El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo. ¹²Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.

En el v. 4 Jesús hace referencia a las cargas pesadas (11:28–30 y Hch. 15:10, 28), los numerosos y minuciosos reglamentos con los cuales escribas y fariseos habían oscurecido la ley de Dios. El resultado fue privar a la gente de libertad y paz, para imponer en su lugar culpa, frustración y temor ya que para ellos la salvación se basaba en que sus buenas obras debían pesar más que las obras malas.

Doblemente interesante resulta el hecho de que los mismos líderes que imponen el legalismo no pueden hacer nada para aliviar la culpa, y ni ellos mismos pueden ni quieren llevar tan pesada carga.

FILACTERIAS

Filacteria (v. 5) es palabra derivada de otra griega (FILACTERION) que significa preservativo, resguardo. Era una cajita de cuero, cuadrada, que contenía cuatro tiras de pergamino, con copia de Ex. 13:11–16; 13:1–10; Dt. 11:13–21; 6:4–9. Los judíos al orar se sujetaban una cajita en la frente entre las cejas, y la otra cerca del codo en el brazo derecho, cerca del corazón. Eran sujetadas con tiras de cuero negro de animal limpio, ensanchadas por los fariseos para atraer más la atención sobre sí mismos. Apoyaban ese uso literal según las indicaciones de Ex. 13:9, 16; Dt. 6:8; 11:18. Las filacterias se introdujeron tal vez durante uno de los períodos históricos del A.T., y se las usaba no sólo para recordar la ley de Dios, sino también para protegerse contra los demonios. (Hoy día la práctica continúa entre los judíos ortodoxos.)

Jesús censura el orgullo y la hipocresía de los fariseos al hacer sus filacterias innecesariamente anchas como señal de sabiduría y superioridad, en contraste con Sal. 119:11. Los rabinos las reverenciaban tanto como a las Escrituras.

También dice el pasaje bíblico que los fariseos “extienden los flecos de sus mantos”. Se trataba de un fleco o franja colocado allí según Nm. 15:38. Ensanchaban esos flecos de manera sobrada para que la gente los honrara por su devoción a Dios. Jesús reprochaba, no tanto la costumbre, sino el espíritu de corrupción.

El Señor se refiere asimismo a quienes “aman los primeros asientos” (v. 6), en el sentido de desear el primer puesto para reclinarsse sobre el diván durante la comida, y asimismo anhelar el puesto de honor en determinadas reuniones. Ambicionar los primeros asientos en las sinagogas revelaba insaciable hambre de preeminencia. Estos asientos estaban en una tarima mirando hacia la concurrencia y con la espalda hacia el cofre en que se guardaban las Escrituras, conducta que Santiago reprocha (2:1–13).

En los vv. 7 y 8 Jesús condena el uso del título “Rabí”, no porque sea antibíblico usar un título sino por la manera antibíblica en que los fariseos lo empleaban, con soberbia. Vale la pena examinar nuestros motivos al emplear un título. ¿Es necesario para el trabajo que desempeñamos, o es simplemente motivo de orgullo humano?

Además Jesús menciona cierto tipo de saludo elaborado que daba la idea de que el saludado era alguien de importancia.

El Señor también limita el trato de “padre” (v. 9). Estas palabras han de entenderse con una limitación razonable. Jesús no se refiere al trato natural dado al progenitor como título familiar, o como reconocimiento de haber dado origen o principio a una causa o empresa. Lo que Jesús señala es el trato extralimitado con espíritu de adulación y lisonja que exaltaba a la criatura humana como si fuera divina, como si tuviera atributos que sólo pertenecen al Padre celestial. Jesús censura dicho comportamiento en los fariseos y en todos los que hoy los imitan y se comportan en el mismo espíritu. Al único que en tal sentido Jesús reconocía como Padre era Dios, y también en tal sentido Él era “su Hijo unigénito”. Cualquier desviación al respecto debía ser corregida.

En el v. 11 Cristo repite lo que dijo en 20:26–27, y en el v. 12 vemos un proverbio repetido seis veces más en la Biblia. A toda vanidad, soberbia, orgullo humano y egocentrismo tal como en los fariseos, Dios declara que “antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu” (Pr. 16:18). Si sus seguidores deseaban ser grandes, debían saber que eso significaba tomar el lugar de un siervo. La verdadera grandeza no consiste en recibir adulación sino en servir a los demás.²

² Ríos, Asdrúbal. *Comentario bíblico del continente nuevo: San Mateo*. Miami, FL: Editorial Unilit, 1994. Print.